

cas, 1991), publicado póstumamente, de la veintena de poetas españoles citados (Garcilaso, Juan de la Cruz, Lope de Vega, Machado, Lorca, Jorge Guillén, etc.), *el único* del que no se establecen ecos, equivalencias o influencias en la lírica venezolana es, precisamente, Miguel Hernández —salvo por la vía negativa, al criticar «la impersonalidad como sistema» de un autor: «Ahí está Miguel Hernández para demostrar lo contrario» (pág. 138).

Tal ausencia queda verificada, una y otra vez, por la omisión de Miguel Hernández en la nómina de escritores españoles que los comentaristas de literatura venezolana señalan como presencias actuantes en nuestra lírica. Así, y salvo descuido por mi parte, no lo he encontrado citado ni por Pedro Díaz Seijas en *La antigua y la moderna literatura venezolana* (Ediciones Armitano, Caracas, 1966), ni por Juan Liscano en su *Panorama de la literatura venezolana actual* (Alfadil, Barcelona, 1984) ni por José Ramón Medina en *Ochenta años de literatura venezolana* (Monte Ávila, Caracas, 1980), mientras que sí se apunta la influencia de Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado en la llamada «generación del 18»; las de Lorca, Jorge Guillén y Alberti en lo que respecta a la «vanguardia» de 1928 y a los surrealistas del grupo «Viernes», más la de Jorge Manrique para dos de nuestros mayores poetas «sociales», Miguel Otero Silva y Carlos Augusto León.

No se trata, entonces, de una ignorancia general de la literatura peninsular o de un conocimiento inerte de algunas de sus mayores figuras: al menos hasta la generación del 27 española fueron leídos con provecho y asiduidad, a tal punto que los poetas venezolanos de la generación «del 40», en su oposición al —supuesto— hermetismo de «Viernes», configuraron lo que la crítica llamó la «reacción hispanizante», cuyas raíces se encontraron también en muchos de los arriba nombrados (Machado, Guillén, etc.). No se olvide no sólo la presencia en Venezuela, por corto o largo tiempo, de un valiosísimo conjunto de intelectuales y escritores españoles (García Bacca, Serrano Poncela, Sánchez Trincado, Millares Carlo, Grases...) sino la estancia en la península de poetas venezolanos como Rafael Olivares Figueroa y quizá sobre todo, como activo propagandista entre nosotros de la generación del 27, de Ángel Miguel Queremel.

Se impone, pues, preguntarse el porqué de la ausencia de Miguel Hernández. Me lo tuve que plantear a poco de comenzar esta exploración, que inicié convencido de que el problema sería la abundancia de sus huellas. Alegremente («los dioses ciegan...», etc.) abordé en primer lugar los escritos de Miguel Otero Silva (1908-1985), nuestro poeta «social» por antonomasia, pero también un impetuoso lírico del amor y de la muerte, quien por añadidura había vivido en España y cantado a la República. Para mi más profundo asombro, entre los poemas de *Agua y cauce* (1937), que incluyen elogios a los combativos mineros de Asturias, denuncias de los fascistas españoles que bombardeaban a su propio pueblo y una elegía a la muerte de Lorca, no había nada que remitiera a Miguel Hernández. Tampoco en el resto de su *Obra poética* (Seix Barral, Caracas, 1976) ni —mi asombro era ya congoja— en su *Prosa completa* (Seix Barral, Caracas, 1976), donde se habla de no menos de veinte escritores españoles

(de Gonzalo de Berceo a Baroja, pasando por fray Luis de León, Garcilaso, Quevedo, Góngora, Lope de Vega, Bécquer, Unamuno, Lorca, etc.), de pintores (Velázquez, Goya, Sorolla, Zuloaga) y de políticos (la Pasionaria).

No voy a someter al lector al recuento de mis desdichas; lo más sistemático de este ensayo son ellas: sonetistas como Hesnor Rivera se reclamarán de toda una tradición española —detallada en nueve nombres— sin mencionar a Hernández; poetas de amplio registro, pero coincidentes con nuestro autor en la intensidad amorosa y en la denuncia áspera, como Juan Liscano, reconocerán la influencia de Salinas, Guillén y Larrea, nada más. Y un largo etcétera.

En verdad, el único lírico venezolano del que cabría sospechar, sin pruebas desde luego, una cercanía a parte de la obra hernandiana, sería Juan Beroes (1914-1975), abanderado de la ya mencionada «reacción hispanizante». Poeta del amor conflictivo, de un erotismo desgarrado que desde los mismos títulos de sus poemarios apela a la tierra y a la sangre, explayando su agonía en imágenes hechas de materias orgánicas, y además sonetista en varios de sus libros, Beroes podría recordarnos, por momentos, al Miguel Hernández de *El rayo que no cesa*. La crítica, aquí, lo ha relacionado más bien con la generación del 27. Y, al cabo, estamos en el reino de las inferencias subjetivas —un cielo poblado de Icaros—.

## ¿Por qué?

Obviamente, las ausencias sólo se vuelven problemáticas por contraste; vale decir que, hasta ahora, nadie se había preocupado por la de Miguel Hernández entre nosotros. Por lo tanto, la bibliografía al respecto es nula. Tampoco me fue de ninguna ayuda una especie de encuesta entre escritores y críticos (ver mi acongojado asombro multiplicado hasta la incredulidad es un pobre consuelo), salvo en lo que respecta al poeta, ensayista y sociólogo Alfredo Chacón —por cierto, uno de los introductores en Venezuela de los poetas de la española «generación del 50», que empiezan a ser leídos en los últimos años—, quien me señaló la apabullante influencia de Neruda como factor en contra de la de Hernández.

Ya Ludovico Silva, en su citado estudio sobre poesía venezolana, hablaba críticamente del «nerudismo galopante». Es posible que, por aquí, haya una pista: Neruda y Vallejo como voces dominantes entre quienes, paralelamente a la guerra civil española, recogían en sus versos la dolorosa experiencia peninsular; Neruda también, subsumiendo a Hernández, invisibilizándolo, en lo que concierne a nuestros líricos amorosos y surrealistas volcados, además, hacia la ya prestigiosa generación del 27.

¿Miguel Hernández llegó tarde para nuestros poetas «sociales» y «civiles» (Antonio Arráiz, Miguel Otero Silva, Carlos Augusto León, entre otros), de obra ya madura en los 30-40, y temprano para los nuevos «contestatarios» de la generación del 60, que se nutrieron de Rimbaud y Michaux, de Pavese y Cardenal, de la poesía «conversacional» latinoamericana y, en parte, de la *beatnik*? Es otra posibilidad.

Confieso que no se me ocurren más. Confieso, sobre todo, que se precisaría de una investigación propiamente sociológica sobre la introducción y circulación de las obras de Hernández en Venezuela, para poder hablar con mayor precisión.

## Coda

Por puro azar, mientras escribía esta perplejidad en forma de ensayo, encontré referencias a Miguel Hernández en tres jóvenes narradores venezolanos. Así, Alberto Amengual, en su novela *Sinfonía del sobreviviente* (Ediciones Frente Cultural Estudiantil de Letras, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1980), presenta a su protagonista redactando un trabajo sobre Hernández, cuya descripción ocupa toda una página (págs. 157-158)<sup>3</sup>. Por su parte, Ricardo Azuaje, en el cuento «Madrugada del lunes» de su libro *A imagen y semejanza* (Monte Ávila, Caracas, 1986) hace que el personaje intente recordar si unos versos que acosan su mente son de Hernández o no (al cabo, resultarán de Vallejo). Finalmente, uno de los protagonistas de *Anareta*, novela inédita de Ricardo Alfredo Bello, «se negaba a aceptar el no poder aprender de memoria todos los sonetos de *El rayo que no cesa*».

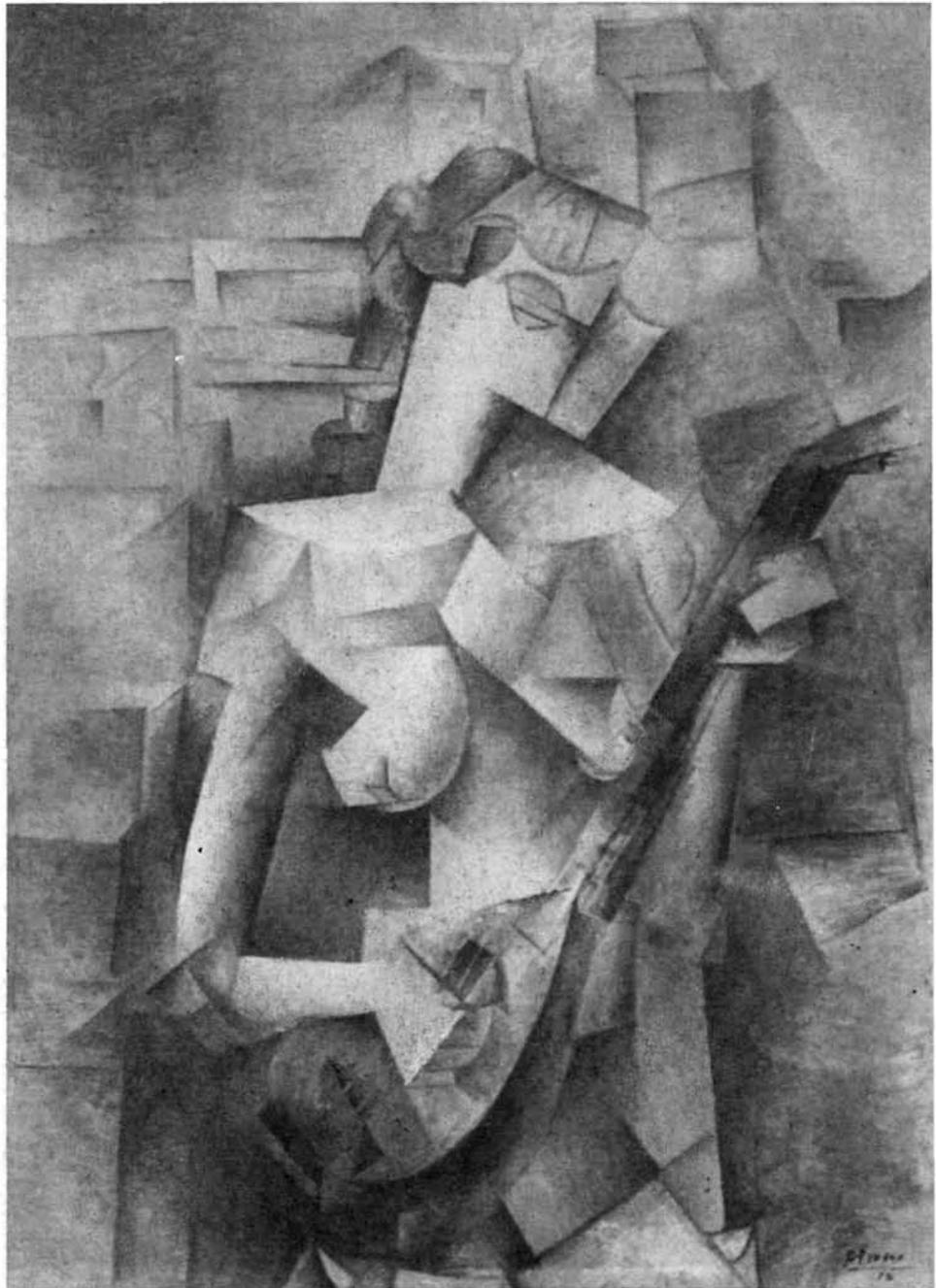
¿Testimonios del interés de los nuevos narradores venezolanos —más que de los poetas— hacia Hernández, punta quizá de un *iceberg* no registrado de otra manera o, sencillamente, curiosas coincidencias que, por algún «azar objetivo», me han sido otorgadas como otra burla de los dioses? He ahí otra pregunta a la que no soy capaz de responder.

**Julio E. Miranda**

<sup>3</sup> La novela de Amengual, verdadero roman à clefs de la vida universitaria en la Central, riza el rizo de este ensayo, remitiendo al libro de Macht de Vera desde el propio título del texto de su protagonista, «El tiempo de morir» (pues «Tiempo de morir» es uno de los capítulos de aquél) hasta frases que literalmente pudieran pertenecer al trabajo de ascenso de la (¿su?) profesora...

«El arte cubista ha triunfado, y su triunfo prueba (...) su esencialidad escueta, su simplicidad, extracto líquido de vida»

**César Vallejo, 1925.**



Picasso: *Muchacha con mandolina* (1910)